Estados Unidos Hispanos

Eduardo Lago

Crecimiento demográfico y lingüístico

En 1968 el presidente Lyndon Baines Johnson propuso al Congreso de los Estados Unidos la proclamación de una Semana Nacional de la Herencia Hispánica. La idea arraigó y en 1988 se decidió que las celebraciones tuvieran lugar a lo largo de todo un mes, del 15 de septiembre al 15 de octubre. La finalidad era poner de relieve la fuerza del legado cultural hispánico, sin el que no es posible entender los Estados Unidos. Este año, con ocasión del Mes de la Herencia Hispánica, la Oficina norteamericana del Censo hizo públicos una serie de datos que reflejan la fuerza que está adquiriendo la comunidad hispana de aquel país.

En 1990 había 22,4 millones de hispanos en los Estados Unidos, cifra que se duplicó en un período de 25 años, con lo que la minoría hispana pasó a ser la más numerosa. A fecha del 1 de julio de 2006, el número de hispanos alcanzó los 44,3 millones, es decir el 15% del cómputo nacional, que no incluye a los 3,9 millones de puertorriqueños que viven en el Estado Libre Asociado. Según los últimos datos publicados por la Oficina del Censo en agosto de 2008, en el año 2050 habrá 132,8 millones, cifra que equivaldrá al 30% de la población total. Esta explosión demográfica obedece a dos factores: a) la elevada tasa de natalidad que se da en la comunidad hispana, y b) la fuerza de los flujos migratorios procedentes de Hispanoamérica. En cuanto al primer vector, la tasa de natalidad de los hispanos es cuatro veces superior a la media nacional. En el período comprendido entre el 1 de julio de 2005 y el 1 de julio de 2006, de cada dos niños que nacían en los Estados Unidos uno era hispano. Durante el mismo período de tiempo su número se incrementó en un 3,4%, la mayor tasa de crecimiento de todos los grupos de población estadounidense. Por otra parte, en 2006 la edad media de los hispanos era de 27,4 años, en tanto que la media nacional era de 36,4, factor que influirá en el crecimiento numérico de la comunidad hispana.

Este fuerte aumento demográfico es causa directa de la formidable expansión que está experimentando el español en Norteamérica. En estos momentos los Estados Unidos son el segundo país del mundo por lo que a población hispánica se refiere, tan solo por detrás de México. Por otra parte, se calcula en algo más de 32 millones el número de habitantes que residen en territorio norteamericano cuya primera lengua es el español. Dada la superioridad del crecimiento demográfico de la comunidad hispana con respecto al de Colombia, España y Argentina, se prevé que en un período breve de tiempo los Estados Unidos pasarán también a ser el segundo país del mundo en cuanto a cantidad de hispanohablantes.

El español como territorio de afirmación y resistencia

En mayor o menor grado, ya que hay una considerable fluctuación por lo que se refiere al dominio del inglés o del español, una buena parte de los hispanos de los Estados Unidos son bilingües. Lo llamativo, dentro de esta situación, es que, independientemente del grado de dominio de una u otra lengua, en todos los puntos de la escala bilingüe, se está dando un claro desplazamiento hacia el refuerzo del español. En el vértice superior de la ecuación, el de los bilingües perfectamente equilibrados, grupo constituido por profesionales con titulación superior, existe una razonable preocupación por un dominio cualificado del español. En el punto más bajo, el de los inmigrantes recién llegados, el desconocimiento del inglés tiene dos efectos beneficiosos para la expansión del español: por una parte, renuevan la vitalidad de la lengua en el seno de la comunidad hispana; por otra, provocan un

aumento de la demanda de español como lengua extranjera entre la población anglohablante, que necesita comunicarse con ellos en el ámbito laboral.

En los puntos intermedios de la escala, como es el caso de los que han perdido en mayor o menor medida el español, se observa una preocupación creciente por recuperar la lengua de sus ancestros. Este fenómeno tiene un efecto positivo colateral, por cuanto supone un refuerzo de la retención del español entre los inmigrantes de primera generación, quienes a su vez ponen particular empeño en mantener la lengua viva entre sus hijos.

Todo ello obedece a un fenómeno relativamente reciente: el cambio de actitud de los hispanos hacia su lengua de origen por razones de orgullo cultural. En las dos últimas décadas la actitud de los hispanos hacia su asimilación en la sociedad norteamericana ha experimentado un cambio dramático. Hasta hace poco, la tendencia era a abandonar el español, como parte de un proceso de asimilación urgente a la cultura dominante, proceso que pasaba por abrazar el inglés a expensas del español. Cada vez es menos así. No es que nadie considere que el inglés no sea importante; tal figura no se da (aunque hay regiones de los Estados Unidos, como Miami, donde hay bolsas enteras de población hispana que habitan en un universo paralelo donde no hace falta el inglés). Lo que sí ocurre de manera notoria es una resistencia cada vez mayor a renunciar a la lengua de sus ancestros y a las culturas de que es vehículo.

Hoy día se constata entre ellos un vivo deseo por preservar y reforzar la cultura en español, legado que se considera como un territorio de afirmación y resistencia. Cuando hablo de afirmación y resistencia, me refiero a la adherencia a una visión del mundo distintivamente hispánica, por contraposición a una anglosajona. El español es la marca de identidad más visible de una cultura panhispánica, que es el resultado de una amalgama e integración de elementos de diverso origen nacional.

Lengua materna, lengua extranjera, lengua fronteriza

En los Estados Unidos el español goza de un estatus fronterizo entre las categorías de lengua materna y lengua extranjera. En realidad es y no es las dos cosas a la vez, y cuando es una u otra, lo es de una manera sumamente peculiar. Que el español no es ni ha sido nunca una lengua extranjera en América del Norte lo ponen de relieve la toponimia y la historia. Una fugaz mirada al mapa basta para constatar la inconfundible filiación de nombres como Colorado, San Francisco, Nevada o Los Ángeles, por citar solo unos pocos lugares. El primer texto jamás escrito acerca de cualquier parte de lo que es hoy territorio estadounidense no se redactó en inglés, sino en español. Se trata de una descripción de la Florida, debida a Gaspar Pérez de Villagrá (1610). Hoy día, el español se habla en el 12% de los hogares norteamericanos, lo que lo convierte por derecho propio en la segunda lengua materna del país. En cuanto que lengua extranjera, el estatus del español es también sumamente peculiar. El primer dato que debe ser resaltado es que la demanda de su enseñanza se sitúa muy por encima del resto de las lenguas extranjeras. Tanto dentro del sistema educativo como fuera de él, e independientemente del nivel que se considere, la predominancia del español sobre las demás lenguas es tan absoluta que en círculos políticos y académicos ha habido quienes han expresado preocupación por un posible descuido con respecto a la enseñanza de los demás idiomas.

No hay tal cosa. Lo que hace que la demanda de español se sitúe tan por encima del de otras lenguas, es que las razones que llevan a los norteamericanos a estudiarlo no son las que normalmente se tienen para querer adquirir una lengua extranjera. De hecho, los norteamericanos siguen teniendo la misma falta de curiosidad por aprender idiomas que siempre. Su interés por el español es muy real —no hay duda de ello— pero no obedece al deseo de adquirir una nueva lengua, sino a la acuciante necesidad por parte de amplios sectores de la sociedad de comunicarse con el ingente número de hispanos que no habla inglés. Esta urgencia ha sido causa directa de la creación de una industria dedicada a la

enseñanza rápida de un español básico. Se calcula en un centenar el número de empresas cuyo objetivo es facilitar a profesionales cualificados las destrezas mínimas que les permitan comunicarse a nivel elemental con trabajadores hispanos que no saben inglés. Se trata de una enseñanza que no se ajusta en absoluto a estándares académicos de calidad. Su objetivo es satisfacer necesidades primarias de comunicación en el mundo laboral, en ámbitos como las finanzas, la sanidad y las instancias legales o gubernamentales, entre otras.

Configuración de un nuevo mapa nacional

A la fuerza numérica de la inmigración de origen hispanoamericano hay que añadir su dispersión geográfica, fenómeno relativamente reciente. Hasta hace poco, la población hispánica estaba circunscrita a enclaves perfectamente localizados, en su mayoría urbanos. Hoy día se encuentran distribuidos por la totalidad del territorio nacional, incluidas amplias zonas rurales. En una zona tan remota como el estado de Washington, al extremo occidental de la frontera con Canadá, la población hispana, no hace mucho inexistente, ronda ya el 10%. La dispersión por todo el país de sucesivas oleadas de inmigrantes que no hablan inglés está transformando de manera dramática el mapa nacional estadounidense, confiriéndole un rostro cada vez más hispano.

La dispersión demográfica lleva consigo la diseminación lingüística y cultural. Por toda la geografía nacional surgen sin cesar nuevos medios de comunicación y de expresión cultural, en sus formas más diversas. En este ámbito también hay que hablar de una verdadera explosión. Las emisoras de radio han doblado su número en una década. En la actualidad rondan las 550. El aumento de emisoras de televisión es de un 70%, unas 55, según estimaciones de la industria. Estas cifras no incluyen la televisión por cable o por satélite, ni las numerosas radios y televisiones que emiten un segmento de su programación en español. Walt Disney World —lo digo a título de síntoma— tiene una página electrónica en español.

Las cifras que manejo, incluidas las del censo, son aproximativas, en el sentido de que crecen a tal velocidad que se quedan casi instantáneamente obsoletas, pero, por llamativo que resulte, no se trata de una mera cuestión de números. Uno de los aspectos más interesantes de la expansión del español en los Estados Unidos tiene que ver con la mejora de su calidad. De manera gradual, el español se está convirtiendo en una lengua de prestigio. Hasta hace poco, se tendía a pensar en lo hispánico, lingüística y culturalmente, como una manifestación de segundo orden, en parte porque la inmigración se debía a razones de extrema pobreza, y porque la inmensa mayoría de los recién llegados había tenido un acceso muy limitado a la educación y a la cultura.

Por poner un ejemplo, el establecimiento de una sólida comunidad hispanohablante está reforzando el uso y mejora del español literario. La existencia de un público lector ha hecho que la industria editorial en español tenga cada vez más peso. Es en esta área donde se hace más patente la preocupación por la calidad de esta lengua. De hecho, cada vez hay más lectores. Hace unos meses la organización America Reads Spanish y el Instituto Cervantes de Nueva York publicaron una guía esencial de los 500 títulos de obras literarias más importantes de todos los tiempos escritas en español. La publicación está en inglés porque responde a una demanda urgente por parte de los bibliotecarios que tienen que atender a usuarios que leen en nuestra lengua. Otro fenómeno que vale la pena destacar es la existencia de un número considerable de escritores que escriben en español y residen en los Estados Unidos.

Nación hispana: lengua y cultura

No se puede hacer una reflexión de conjunto sobre lo que está sucediendo con el español en los Estados Unidos sin señalar que el País del Norte es agudamente consciente del valor

de nuestra lengua como vehículo de expresión de las distintas culturas de Hispanoamérica. La lengua española alcanzó su plenitud y verdadero ser cuando se trasladó al otro lado del Atlántico y se hizo americana. La fuerza del español es consecuencia directa del hecho de que es la lengua de expresión de una veintena de países americanos. Desde mi punto de vista, los Estados Unidos están experimentando un proceso creciente de hispanización y la expansión de la lengua es parte esencial de dicho fenómeno.

Al contrario de lo que ocurrió con el latín medieval, que se disgregó dando origen a las diversas lenguas romances, en los Estados Unidos de hoy está surgiendo una segunda *latinitas* de signo integrador. Postulo que se está forjando en aquel país una nueva nacionalidad hispanoamericana y una nueva variedad lingüística del español. La comunidad hispana de los Estados Unidos es un conglomerado resultante de la fusión de los que llevan tiempo instalados en el país (algunos más de siglo y medio) con los emigrantes que siguen llegando sin cesar de las más diversas regiones del Caribe, América Central y Sudamérica. Las distintas culturas nacionales tienden a relacionarse entre sí de manera espontánea, y están creando una entidad híbrida de signo panhispánico, claramente diferenciada de la de los países originarios.

Se trata de un fenómeno en pleno proceso, y tardará en cristalizar, pero ya son palpables muchos signos de la nueva identidad. De manera semejante a lo que sucede con la cultura, postulo que en los Estados Unidos se está forjando una variedad de español autóctona, resultante de la amalgama de sus distintas variedades regionales. La necesidad de dar con una modalidad de español con la que se sientan cómodos todos los hispanos empieza a ser perceptible en los medios de comunicación. Un buen ejemplo son las emisiones de CNN en español que se retransmiten desde Atlanta para todo el mundo hispanohablante, en las que se recurre a una suerte de español general. Otros ejemplos son el lenguaje que se busca en ciertos sectores de la prensa escrita (como ocurre en Nueva York), o el de las traducciones de las obras escritas por narradores hispánicos cuya lengua de expresión es el inglés, y que buscan verterse a un español que trascienda las marcas de identidad regional.

Por supuesto, lo tangible es la existencia de enclaves específicos ocupados por comunidades diferenciadas: méxico-americanos, dominicanos, puertorriqueños, colombianos o cubanos, entre otros. Se podría considerar que grandes zonas de California, Texas, Nuevo México o Miami, así como barrios enteros de Washington, Chicago, Nueva York y otras ciudades, son provincias o comarcas delimitadas por fronteras porosas, que forman parte de una macrorregión panhispana estadounidense. En todas ellas se está dando de manera incipiente un movimiento transversal de acercamiento lingüístico y cultural.

Se puede considerar que estas regiones son zonas de fricción donde está en marcha, junto a los procesos de unificación lingüística, un proceso de uniformización cultural. Así como se puede hablar de cine español, literatura chilena o teatro argentino, se puede hablar de arte, cine, teatro, música y literatura específicamente hispano-norteamericanos. En general en todas las áreas de expresión artística y cultural se están creando movimientos autóctonos, que llevan el sello de lo hispano. Se puede considerar que en los Estados Unidos constituyen una nación dentro de una nación, una unidad con una entidad cultural propia, integrada sin traumas y de manera positiva en la gran nación norteamericana, a la que se sienten orgullosos de pertenecer. Los Estados Unidos son, crecientemente, un país bilingüe y bicultural. Cuanto tiene que ver con la lengua española y una visión hispánica de las cosas es parte integral de la realidad de cada día de una manera cada vez más poderosa y prestigiada.